

Núm. 14.—Mayo de 1852.

AÑO 2.º

EL

TOMO 1.º

CORREO DE LA MODA.

PERIODICO DEL BELLO SEXO.

MODAS, LITERATURA, BELLAS ARTES, TEATROS ETC.

Fundado en 1.º de Noviembre de 1851.



REDACCION,
CONCEPCION GERÓNIMA, NÚM. 1, LITOGRAFÍA DE CASTELLÓ

Madrid.

Núm. 14.—Mayo de 1852.
TOMO I.
AÑO 5.
ADVERTENCIA.

Son repetidas las reclamaciones de números que nos hacen tanto nuestras suscriptoras como nuestros corresponsales de las provincias. Por nuestra parte podemos asegurar que servimos con el mayor esmero y escrupulosidad todas las suscripciones; pero una vez entregados los números en las oficinas del correo general, ya no podemos responder de lo que sucede. Sin embargo á pesar de los perjuicios que sufrimos hemos servido de nuevo todas las reclamaciones, y además hemos escrito á los administradores de correos de los pueblos en que han ocurrido las faltas. En algunos puntos, esto ha bastado para remediar los abusos; en otros no se han dado por entendidos, y continúan lo mismo. Pueblos hay en que nos hemos visto precisados á remitir los números por los ordinarios.

Hasta ahora hemos sido prudentes y guardado silencio; pero la prudencia tiene sus límites, y estamos recogiendo datos para acudir al Gobierno á fin de que se sirva tomar las medidas que crea oportunas para librarnos de un perjuicio que arruinaría nuestra empresa.



REDACCION
CONCEPCION GERONIMA, NUM. 1, LITOGRAFIA DE CASTELLO
Madrid 1852.—Imp. á cargo de Agustin P. Vega, calle del Olmo n. 10.
Madrid.

CORREO DE LA MODA.

PERIODICO DEL BELLO SEXO.

ESTUDIOS GEOGRAFICOS.

(CONTINUACION).

ARTICULO SEGUNDO.

SUMARIO --NOZERROY y NAZARET.--

Un encuentro.- Tempestad en el Jura.- La maldicion de Ursula.--La abnegacion de un padre.--Las fuentes del Ain.--El castillo maldito.--Las convidados de Hugo el Zurdo.

Durante la noche atravesé el camino que separa á Lons-le-Saulnier de Nozeroy, de suerte que tuve el sentimieuto de recorrer sin poder admirarla, una parte del encantador valle del Ain; si bien es cierto que los alrededores de Nozeroy debian recompensarme de este contratiempo con el espectáculo de sus maravillas, y mas pudiendo disponer de algunos dias para visitarlos con toda comodidad; aunque afortunadamente para mis lectoras no puedo disponer de tantos para describirlos, pues no dudo les faltaria antes la paciencia que á mí mate-

ria de que hablar. Nozeroy es una poblacion grande, de unas mil almas, situada en la llanura de una alta montaña, desde donde la vista se estiende á lo lejos sobre la campiña que la rodea; su verdadero nombre deberia ser Nazaret, porque en recuerdo de aquella santa ciudad la fundó Luis de Chalons, príncipe de Orange á su vuelta de las cruzadas. Aun se descubren á uno de los extremos de la ciudad las magestuosas ruinas del castillo de los príncipes de Orange. Desde cada uno de los lados del edificio arrancaba un lienzo de muralla con torreones que cerraba completamente su recinto. Defensa en otros tiempos formidable que tambien ha parado en ruinas, y lo poco que resta se ha convertido en espalde-



ras. No habiendo en la poblacion nada notable que ver; dormí unas cuantas horas, y luego partí para Sirod desde donde me prometia llegar en diez minutos á las célebres fuentes del Ain. Mas el hombre propone y Dios dispone, como dice el refran. Siguiendo un camino tortuoso que atraviesa la campiña á poca distancia de la poblacion, apercibí en la cima de un montecillo una muger cubierta de andrajos que con la mano izquierda puesta sobre la frente examinaba con estraña atencion un punto del horizonte. Llevaba su larga cabellera gris suelta á la espalda en desorden, y sus facciones enflaquecidas parecian agitadas con una contraccion nerviosa. De repente se levantó, echó á su alrededor una mirada y desapareció rápidamente por detras del montecillo gritando con una voz ronca:

—¡Al establo! ¡al establo! ¡agua agua! ¡fuego, fuego!

Sorprendido á vista de aquella aparicion estraña me detuve, y aun seguia con la vista la direccion que habia tomado, cuando un golpe de viento penetrando con violencia en la hondonada del camino, me cubrió con un espeso torbellino de polvo. Casi al mismo tiempo una nube opaca se estendió sobre mi cabeza, y principiaron á caer gruesas gotas de agua que me advirtieron era preciso buscar un asilo. Me apresuré pues á escalar el escarpado del camino, y descubriendo un

cortijo eché á correr á campo travieso con la intencion de pedir hospitalidad. Mi diligencia á las primeras amenazas de la tempestad no estuvo de sobra; porque aun no habia puesto los pies en el umbral de la casa rústica, cuando el cielo se deshizo en agua, y una lluvia diluviana acompañada de los silvidos del viento, de relámpagos y de truenos espantosos y retumbantes inundó la campiña. No recuerdo haber presenciado jamás un desorden semejante de los elementos. Las nubes arrastradas por un fuerte viento oeste, venian á estrellarse con furia contra los picos descarnados del Jura, y rechazadas por aquella barrera insuperable se replegaban remolineando hácia el valle, mezclando con horrible fracaso sus relámpagos y granizo. Por todas partes no se oia mas que el crujido de los pinos que se abatian en la cima de las montes, y el bramido de mil torrentes improvisados que arrastraban en su furiosa corriente enormes peñascos.

— Cuando entré en la espaciosa pieza baja única del cortijo, ví á los hombres, mugeres, y niños arrodillados y llenos de espanto dirigir al cielo fervientes súplicas. Uní las mias á las de aquellas honradas gentes; y en cuanto se levantaron pedí permiso al gefe de la familia para permanecer allí hasta que pasase la tormenta. Por toda contestacion el colono me indicó un escabel colocado al lado de la chime-

nea, y de allí á poco un jovencito puso sobre mis rodillas una ortera llena de leche y una galleta de centeno. Así se practica la hospitalidad en los campos. El viagero, sea quien fuere puede llamar á cualquier hora á las puertas de las cabañas, sin temor de que una pregunta indiscreta le obligue á corresponder con una mentira, ó una confianza forzada, á los socorros que se le conceden. Cuando daba las gracias á mi huesped por su atencion, entró un nuevo personage que sin decir una sola palabra, vino á sentarse cerca de mí en un banco que ocupaba toda la longitud de la chimenea. Al momento conocí era la vieja que habia visto en el camino. Quitóse sus zuecos cubiertos de lodo, los colocó para que se secasen sobre la ceniza del hogar, y se puso á esprimir con sus manos descarnadas el agua que chorreaba de su cabellera.

—¿Como vienes Ursula! dijo el colono mirando con el mas bondadoso interes á la pobre muger ¿pues qué no pudistes presentir la tempestad esta mañana?

—Ahora no se trata de la tempestad: ¿Sabeis lo que están haciendo hoy en Champagnolles? continuó despues de un momento de silencio, y fijando una mirada estraviada en el colono.

—¿Como puedo saberlo no vi- viendo nadie por aquí?

—Pues bien, están *quintando* ¿lo oyes? No se me dirá que miento: yo

estaba allí, y lo he presenciado todo. ¿Lo hubiérais creído padre Civial? prosiguió la vieja animándose por grados, despues de lo que el Subprefecto de Poligny me prometió el año pasado?

Ea: murmuró el colono meneando la cabeza, ya se nos ha ido:

—¿Y que es lo que te prometió pobre Ursula?

—¿Pues qué no lo sabes? ¿Pues qué hay en el pais nadie que lo ignore habiéndolo yo publicado en voz bastante alta en Arbois por este mismo tiempo el año pasado? Los quintos se paseaban por la ciudad emperifollados de cintas, y su número de maldicion en el sombrero. Los desdichados cantaban, se divertían y brincaban como el imbecil corderillo que conducen al matadero. Yo los miraba y mi sangre circulaba con rapidez en mis venas; á la sazón pasó el Subprefecto que tambien parecia contento, sin duda habia calculado los cadáveres que aquella juventud produciria al Gobierno. Me acerqué á él, y le reprendí su alegría, diciéndole que era un verdugo, y que llegaria dia que tendria que dar cuenta de la sangre de los hombres y de las lágrimas de las mugeres. Me rechazó con indignacion; pero habiéndole hablado al oido el alcalde de Arbois que se encontraba allí, y que me conocía mucho, me miró con mas benignidad y me dijo:

—Tu eres la madre Ursula de Chalemes: muchas veces me has

escrito, y he leído tus cartas.

—No basta leerlas, le contesté; sino que es preciso obedecer el mandamiento de Dios: NO MATA. RÁS. ¿Lo entendeis? cuando niño os lo enseñaron.

—Buena muger, vete en paz, quedarás satisfecha.

Mientras la vieja Ursula hablaba así, con los ojos fijos y el dedo apoyado en la frente, el colono me dirigió una mirada significativa manifestando con un gesto triste, que estaba loca como lo comprendí al momento.

—¡Maldicion sobre él! exclamó despues de un momento de silencio. ¡Maldicion sobre el hipócrita porque mintió! Pero paciencia, ya le escocerá: el diablo le arrojará algun dia á una hoguera ardiente de plumeros, pompones y charreteras.

Proferida tan caritativa imprecacion, la vieja se levantó, se calzó sus zuecos y se marchó sin volver la cabeza.

La lluvia habia cesado, y nada se oponia á la continuacion de mi viaje; pero la estraña locura de la pobre Ursula habia escitado mi curiosidad, y deseaba vivamente saber la causa. Se la pregunté, pues, á mi huesped el cual me contó lo siguiente:

Habia en el lugar de Chalmes un carbonero llamado Aubry casado con Ursula. Los pobres vivian miserablemente con el producto de su trabajo, sin mas consuelo en el mundo que un hijo cuya intelligen-

cia y gallardia eran la admiracion de toda la comarca. El cura de Chalmes tomó cariño á Paquito, y cuando tuvo edad para aprender le dió asiento en el presbiterio, y quiso encargarse de su educacion. Paquito hizo tales progresos en tan buena escuela que en pocos años supo tanto como su maestro. Entonces el cura lo colocó en casa de un escribano de Champagnolles, y era de esperar que, Dios mediante, el jóven haria una honrosa carrera. En esta época, poco mas ó menos, su padre Aubry dió una caida en el monte estropeándose gravemente, y quedando imposibilitado de trabajar en adelante. Lo que el pobre Paquito ganaba apenas bastaba para sostener la familia. Por este tiempo teniamos á los enemigos en la frontera, los campos por consecuencia estaban abandonados y el pan caro. Para colmo de desgracias se publicó en el pueblo una órden del Emperador, mandando proceder á una quinta que comprendia á todos los jóvenes de 17 á 18 años. El peligro era iminente, grande la necesidad de hombres, y el Emperador se veia forzado á comerse su trigo en yerba. Paquito acababa de cumplir los 17 años; metió pues la mano en el cántaro como los otros, y la desgracia quiso que sacase un número malo, aunque en aquella época habia pocos buenos. Contaros la desolacion de Aubry y de su esposa seria imposible. Si no hubieran ne-

cesitado mas que vender sus últimos harapos para libertar á su hijo, los desgraciados no hubiesen hesitado un momento, pero reunido todo su ajuar á las mezquinas economías del cura de Chalemes, todavia faltaban las tres cuartas partes de la suma que se necesitaba. En 1814 los hombres estaban caros, y no todos los que los necesitaban los encontraban ni aun con el dinero en la mano.

—Pobre esposa mia decia Aubry estrechando á Ursula entre sus brazos, ¿qué va á ser de tí en partiendo nuestro hijo? Enfermo como estoy no haré mas que aumentar tu miseria.

—No es la miseria lo que me espanta respondió Ursula; aunque me viese forzada á mendigar en los caminos, siempre traeria á casa bastante pan y patatas para alimentarnos; pero el pobre jóven no es probable que vuelva de esta guerra ¿No es morir todos los dias temblar por la vida de su hijo?—
—¡Si yo fuese á Paris! añadia en su delirio: dicen que la Emperatriz es tan buena me arrojaria á sus pies, y le suplicaria de un modo tan tierno...

—¡Pobre muger! repuso Aubry con abatimiento ¿te seria posible ni aun llegar hasta ella?

—Qué hemos pues de hacer? ¿Qué hacer! exclamó la desgraciada madre retorciendo los brazos de desesperacion.

—Todavia hay un medio, dijo

repentinamente Aubry, dándose una palmada en la frente como si acabase de concebir una idea.

—¿Un medio? habla, habla.

—Aun no es tiempo.... mas á ve á la iglesia y ruega á Dios que me oiga.

Ursula estaba acostumbrada á obedecer sin replicar las órdenes de su marido. Corrió pues á la iglesia, y rogó á Dios fervorosamente, no dudando la pobre muger que Aubry solo queria alejarla para poner en ejecucion un proyecto de resultados infalibles. Cuando volvió, se encontró á su marido tendido en el suelo sin vida, y su escopeta todavia humeando al lado. El desdichado antes de morir habia dejado sobre una mesa escritas en un papel estas palabras: *Nuestro hijo ya no marchará, porque ahora es hijo único de viuda.*

—¡Desgraciado padre! exclamé al oir este pasage de la relacion de mi huesped, conmovido y derramando lágrimas.

—¡Ah Señor! Ni Ursula ni Paquito cogieron el fruto de su desgracia. El ministro á quien se dió parte del suceso, decidió que habiendo sido voluntaria la muerte de Aubry y con la mira de eludir la ley, constituia un delito cuyos beneficios no podia invocar su hijo. En consecuencia Paquito tuvo que marchar, y un mes despues participaban su muerte á su madre. Este último funesto golpe acabó de trastornar su razon ya harto débil;

la pobre muger se volvió loca, y desde entonces anda errante por los campos como la habeis visto, viviendo de limosna, y no cesando de maldecir la ley cruel que ocasionó la muerte de su esposo y de su hijo.

Con esto di las gracias á mi huesped, y volví á tomar el camino de Sirod. Atravesé el pueblo sin detenerme y llegué á poco rato á las fuentes del Ain. Imagínese el lector un inmenso anfiteatro de rocas confusamente amontonadas unas sobre otras como los monstruosos peñascos que los gigantes de la fábula amontonaron para escalar el cielo. Bosques sombríos de abetos y hayas rojizas tapizan toda la falda de la montaña, y espesas copas de vapores adheridos á todas las sinuosidades, apenas dejan llegar los rayos del sol amortiguados al fonde del valle. En el centro de aquellos espantosos peñascos, se abre una brecha todavía mas espantosa, de la cual salen mil rumores confusos que causan al alma una emocion llena de terror. Por esta garganta es preciso sin embargo penetrar en las entrañas de la montaña, si se quiere contemplar uno de los mas sorprendentes espectáculos de la naturaleza. Me aventuré á ello, no sin temor, y muy pronto me encontré en una cueva semicircular terminada por una ancha y profunda escavacion. Desde allí se precipita la fuente. Á cada lado de ella hay una aver-

tura formada por las mismas rocas que permite al viagero penetrar á bastante profundidad en el abismo. A medida que abanzaba por esta bóveda imponente, la oscuridad era mayor y mas espantosa; sin embargo, á poco rato una luz azulada que penetraba por las grietas de las rocas iluminó débilmente los objetos; mis ojos se habituaron pronto á aquella luz pálida, con lo cual pude descubrir que costeaba un lago subterráneo que se perdía de vista en las profundidades de la montaña. Metí la mano en el agua y la hallé bastante fria: una piedra al caer retumbó de eco en eco con estrépito tan formidable, que á pesar mio me quedé inmóvil como helado de terror. La bóveda era mas baja á cada paso, de suerte que no me fué posible seguir mas adelante; retrocedí pues, y me pareció una felicidad encontrarme fuera de aquella misteriosa caverna, respirando el aire puro del valle. Seguí entonces el curso del rio, que despues de serpentear á través de las sinuosas gargantas de la montaña, desemboca magestuosamente en una pequeña llanura cubierta de céspedes y flores. Esta llanura sin embargo es la cima de una alta colina que á su extremo se halla cortada á pico como un despeñadero. El Ain entonces se replega sobre si mismo como para duplicar la fuerza de su empuje, luego salta y se precipita de una altura de sesenta pies en una cuenca de grani-

to donde se agita y espumea con la mayor furia. La caída es tan impetuosa, y describe una curva tan atrevida que puede pasar por debajo de la cascada un hombre á caballo sin que le caiga una sola gota de agua. Admiré durante largo rato aquel maravilloso cuadro, y luego me dirigí hácia las ruinas de un fuerte castillo situado algo mas allá de la ciudad de Equevillon. Llegué rendido de cansancio; pero el espectáculo que desde allí se presentó á mi vista me lo recompensó con usura. Todavía lo recuerdo con admiración, y no acertaré probablemente á pintarlo, porque no ignoro que la mas hermosa descripción es siempre fría y descolorida faltándole un soplo de aire, ó un rayo de sol. Me contentaré pues con transcribir la curiosa leyenda que se refiere á las ruinas que vine á visitar. A fines del siglo XIV, Hugo el Zurdo, hijo tercero de Guillermo, Conde de Viena, adquirió vastos dominios en aquella parte del Franco-Condado, y resolvió construir una fortaleza para poner sus tesoros al abrigo de todo insulto. Á los dos años el castillo estaba concluido faltándole únicamente enlosar la gran sala de los festines. Hugo queria pavimentarla de marmol; pero el gasto le asustaba, porque era mezquino y ladrón, y acaso hubiera renunciado á su antojo, si uno de sus empleados no le hubiera propuesto el modo de ejecutar su proyecto sin aflojar la bolsa.

Habia en las cercanias del castillo una abadía abandonada, cuya capilla estaba enlosada de mármoles sepulcrales. Hugo siguiendo la proposición de su consejero, robó durante la noche todas las losas, con las cuales hizo pavimentar la gran sala de su castillo. Concluida la obra dió un magnífico banquete á todos los Señores sus vecinos. La función se prolongó toda la noche, y los convidados animados por los esquisitos manjares y bebidas, se entregaban á la mas viva alegría cuando dieron las doce en el reloj de la torre. Oyése entonces una especie de rumor sordo que parecia salir de las entrañas de la tierra, las luces medio se apagaron, las mesas se volcaron con los relieves del convite y las losas sepulcrales levantándose por todas partes dieron paso á una multitud de espectros envueltos en sus sudarios. Eran las almas de los Abades, Caballeros y Castellanos que estaban enterrados en la abandonada abadía. Á vista de aquella lúgubre procesion Hugo y sus convidados huyeron espantados, y ya no volvió á su castillo que poco despues paró en ruinas.

(Se continuará.)



POESIA.

LA FUENTE.-BALADA.

I.

Apenas el alba brilla,
una pastora hechicera
baja al valle,
y de la fuente á la orilla
á un zagal dicen que espera.....

¡OJALÁ LA FUENTE CALLE!

II.

Cuando el sol desde occidente
la cumbre del monte dora
diz que al valle
va otro zagal, y á la fuente
vuelve la misma pastora.

¡OJALÁ LA FUENTE CALLE!

III.

Zagales que á la espesura
bajais por sencillas galas
de ese valle,

¡Ay, si la fuente MURMURA
de la fè de las zagalas!.....

¡OJALÁ LA FUENTE CALLE!...

FRAGMENTOS.

LA VIOLETA.

El cespèd de mi jardin está lleno de violetas de todas las especies conocidas, de esa flor á quien tanto trabajo á costado triunfar de la insulsez y de los lugares comunes de los eruditos, y de los menguados versistas que hablaron de oídas y copiándose unos á otros. No se me acusará de enemigo de la violeta á mi que no solo he formado un estenso prado de ellas; sino que he tomado la precaucion de plan-

tar árboles de trecho en trecho para que tengan alguna sombra, y no reciban directamente todo el ardor de los rayos del sol. El nogal negro de américa, el fresno de madera amarilla, las acacias, de flores encarnadas y blancas, el álamo blanco, de hojas plateadas por la parte posterior, el serbal, con sus ramitos de coral, el ébano, con sus racimos dorados, el castaño rojo, con sus grandes tirsos colorados, el haya, de hojas purpúreas, no están allí mas que para proporcionar á las violetas una sombra saludable durante los ardores del verano. Pues bien, es preciso que arranquemos el velo á la violeta hasta hoy desconocida; yo la amo pero la conozco.

La violeta está considerada como el símbolo de la modestia.

¿Y porqué se dice que la violeta es modesta?

Solo porque se oculta entre la yerba. La violeta no se oculta entre la yerba, es la naturaleza quien la obliga á ocultarse. Un nacimiento oscuro y humilde no lleva ciertamente consigo la modestia.

¿Porqué no se dice que el oro es modesto, ya que nace en las entrañas de la tierra, y que cuando se le descubre se mezcla con algun otro mineral que no tiene trazas de ser oro?

¿Porqué no se dice que los diamantes son modestos, hallándose como se hallan ocultos en la tierra aun mas que el oro, y siendo

preciso romperlos y tallarlos para sacarles el brillo?

¡Pero la violeta! Es cierto que nació entre la yerba, mas cuantos esfuerzos hace, y cuanto intriga para darse á conocer! Además de los colores que ostenta y la hacen distinguir fácilmente, exala un perfume provocativo que la haría descubrir á un ciego.

¡La violeta modesta! habiendo llegado á cubrir con su librea al gefe de la iglesia, á los arzobispos y á los obispos. El negro es el luto de todo el mundo, el violeta, el de algunos reyes y el de la púrpura.

¡La violeta modesta! Pues observad sus zalamerías y coquetismo. Vedla aquí blanca, allá doble como una rosita, ¡ya morada, ya cenicienta ya de color de rosa.

Cuando vió que se la mezclaba á la política, lejos de substraerse á las ovaciones, y á las persecuciones que son su consecuencia, tuvo el descaro de hacerse tricolor. Aquí la teneis: su corola exterior es morada, los pétalos internos azules y rosa; así disfrazada los jardineros la llaman violeta de Bruneau.

¡Modesta la violeta! y ha sido proscrita, perseguida y desterrada en pago de sus fechorías.

¡Modesta la violeta! Pues id al baile ó la ópera, y encontrareis docientas jóvenes con ramitos de violetas en la mano.

¡Cómo se venga de haber nacido en la oscuridad!

Pero todavía quiero descubriros

uno de los ardides que emplea para darse importancia. Las otras flores permiten se conserven sus perfumes en esencias: los perfumistas nos venden en el invierno el olor de rosa, de jazmin, de eliotropo &c. Solo la violeta se negó siempre á separarse del suyo que únicamente se halla en su corola; viéndose los perfumistas forzados á falsificar con la raíz del iris de Florencia cierto olor acre de violeta; cuya superchería se descubre en cuanto llega la primavera.

—Quieres aspirar el olor de la violeta, mi querida amiga? dice á la hermosa que lo desea, pues aguarda que yo vuelva; entre tanto conténtate con el olor de rosa y de jazmin; para lo cual no se necesitan rosas ni jazmines, pues los perfumistas recogen estos y otros olores en botellas: pero en cuanto al mio no hay mas remedio que esperar mi vuelta. Así habla la modesta violeta.

La violeta es una especie de Cincinato de los que han producido los tiempos modernos, que se retiran al campo y dirigen el arado á condicion de que vendrán á buscarlos para hacerlos cónsules, generales ó dictadores.

Los antiguos poetas pretenden que cuando Júpiter convirtió á Io en ternera, hizo nacer la violeta para ofrecerla flores dignas de ella, lo cual me ha dado la idea de formar un prado exclusivamente de violetas.

LA ADORMIDERA.

La planta mas bella, mas rica y mas magestuosa es la adormidera. Sus hojas de un verde azulado están perfectamente cortadas y su tallo se eleva recto y flexible. Los capullos de sus flores se inclinan lánguidamente hácia la tierra; pero uno ó dos dias antes de abrirse se van enderezando por grados y presentan al cielo su hermosa y rica copa. Entonces puede decirse de la adormidera con mas verdad que del hombre que mira naturalmente al cielo, lo cual no es cierto con respecto al hombre; porque si un hombre quisiese conservar la dignidad que pretende Ovidio, contraeria una horrible torticolis, y tendria que renunciar á tan violenta postura antes de un cuarto de hora.

Tenemos ya el capullo recto. Si rompemos su capa verde, encontraremos sus espléndidos pétalos encerrados sin orden ni concierto, á la manera del saco de noche del estudiante que concluido el curso marcha á su casa á disfrutar las vacaciones. ¿Como la naturaleza puede tratar con tanto descuido un género tan fino y apreciable? ¿Será acaso cierto desprecio afectado del color de púrpura? Porque no conozco mas que la flor del *granado* que tambien es colorada, cuyos pétalos estén arrugados como los de la adormidera. Pero tranquilicémonos, pues apenas la flor se abre, un aire templado viene á alisar los

pétalos de la flor del granado y de la adormidera, dejándolos como los de las demas flores.

Cada flor tiene su manera especial de encerrarse y de colocarse en su boton donde tan poco espacio tienen para ello. Los pétalos de las *rosas*, se cubren unos á otros por porciones; el *liserolo* está arrollado y plegado como los filtros de papel & &. Lo mismo sucede á las hojas en sus yemas: las de la *geringuilla* están plegadas á lo largo; las del *aconito* á lo ancho en muchos dobleces de alto á hajo: las del *groseller* en forma de abanico; y las del *albaricoque*, rodadas sobre si mismas.

Es un espectáculo curiosísimo ver al comenzar la primavera salir los tallos de la tierra: muchas plantas vivaces, han hecho la parte del invierno y de la muerte; entregándoles sus hojas de verano, y ocultándose profundamente bajo de tierra.

Pero una lluvia dulce y benéfica, y un viento templado les advierte que va á comenzar la alegre fiesta de la primavera, y por consiguiente es preciso que cada planta se prepare á entrar en escena, y á representar su papel. Algunas murieron positivamente; pero confiaron á la tierra su simiente, especie de huevecitos que empollan los primeros rayos del sol de marzo, y que se apresuran á salir. Otras usan diversos medios para romper la tierra endurecida sobre ellas por

el frío y por el viento. Las de hojas fuertes y agudas, como los *jacintos* las *espadañas* y los *narcisos*, las reúnen en puntas compactas y se abren paso con facilidad: los *narcisos* y las *espadañas*, unen dos una sobre otra y salen como una hoja de espada; los *jacintos* encierran su flor ya formada, dentro de tres hojas agudas llenas de muescas, cuya reunión forma una sola punta. Otras como las *peonias*, envuelven sus primeros botones en una baina que cae luego que sale de la tierra.

—¿Pero como lo harán las *anémonas* cuyas hojas son largas, recortadas y sin ninguna consistencia? Se doblan por el centro, y el codo redondo que forma el doblez, se encarga de abrir la tierra y sale como la mitad de un anillo; luego, mientras uno de los extremos está sujeto por la raíz, el otro sube hacia arriba con lozanía, y una vez fuera de la tierra se desarrolla con expansión graciosa.

Peró volvamos á nuestra adormidera.

Las hay coloradas de todos los matices, blancas, empenachadas, encarnadas, y blancas y moradas; pero no las hay amarillas, ni azules, ni verdes, y aun las de blanco y morado me son desconocidas. En medio de la portentosa variedad de flores que se descubre todos los días, cada una tiene sus límites fijos imposibles de traspasar. De veinte años á esta parte se habrán sembrado mas de cuarenta leguas

de simiente de dalias, sin que haya podido conseguirse obtener una azul.

Un pie de adormidera siembra por si mismo mas de treinta mil granos; y siempre nacen de los colores que dejamos referidos, esto es encarnado, blanco y morado. Muchos jardineros hablan de rosas verdes procedentes del injerto del rosal en el acebo, y rosas negras producidas por el mismo injerto en el casis. Mas estos son cuentos absurdos: no existen flores negras, y hay muy pocas verdes, sobre todo de un verde legítimo. No conozco mas que una que en realidad sea hermosa, sin hablar de ciertas amarilis, y es la *dafnелаureola*, que crece en los bosques, y que produce preciosas flores verdes olorosas, con el centro ocupado por estambres de un hermoso amarillo la cual florece en el mes de febrero...

ALFONSO KARR.

Dichos y hechos

DE MUJERES CELEBRES

Perseguido un emperador de la China por las armas victoriosas de algunos de sus vasallos que se le habian rebelado, intentó prevalerse del respeto supersticioso que en aquel país tienen los hijos á las órdenes de sus madres, para obligar al jefe de los insurgentes á someterse. Un oficial comisionado por

el emperador viene puñal en mano á notificar á aquella desgraciada madre *que no tiene mas arbitrio que obedecer ó morir. ¿Tu amo, le contesta con amarga sonrisa, habrá creído sin duda que ignoro las convenciones tácitas que unen á los pueblos con sus monarcas, y por las cuales los primeros se obligan á obedecer, y los segundos á hacerlos felices? El emperador ha violado esta convencion, y el pueblo está en su derecho resistiendo á la injusticia con que se le trata. Cobarde ejecutor de las órdenes de un tirano, aprende de una muger lo que en estos casos se debe á la patria.* A estas palabras arrancando el puñal de las manos del oficial, se hiere con él, diciendo: *Esclavo, si te resta aun alguna virtud, lleva este puñal ensangrentado á mi hijo, y dile que venga á su patria: que ya nada tiene que temer de parte mia, ninguna consideracion que guardarme, y que ahora es libre para ser virtuoso.*

Revista de Modas.

Una gran revolucion está próxima á estallar en los dominios de la moda. Háblase con toda seriedad de los corpiños redondos y algo cortos. Sin embargo el chaleco vivirá aun toda la estacion; pero las señoras realmente elegantes que siguen todos los caprichos y variaciones de la moda ya llevan el corpiño de que acabamos de hablar, el cual nos parece muy natural, y por

consiguiente muy gracioso.

Algunas elegantes que se distinguen por su mania de exagerar las modas, pretenden que las mangas sean anchas y con los antiguos, incómodos y ridículos ahuecadores en lo interior, con la falda sin ningun pliegue delante y el cuerpo muy escotado y corto. Esto podrá acaso sentar admirablemente á ciertas hermosas bien formadas; pero á las menos perfectas y de mas modesta belleza no les sucederá lo mismo. En una palabra, el verdadero corpiño-imperial no es posible que lo adopten todas.

En cambio citaremos el corpiño Niobe, cortado al sesgo y de tal modo ceñido á los lados que no lleva sisas ni costuras en el pecho. Es redondo, y á beneficio de unas delgadísimas ballenas marca perfectamente el talle. Es muy escotado y cortado en línea recta por delante. Á la espalda lleva pliegues hechos con mucha inteligencia, pues en ellos consiste toda la gracia del corpiño Niobe.

En cuanto á las mangas no hay regla ni principio; pero debe haber gusto, originalidad y sobre todo iniciativa.

Los cuerpos de los vestidos principian tambien á llevarse redondos y algunos abiertos por delante hasta la cintura en figura de corazon.

Háblase de un vestido escotado para la estacion de verano, con pañoleta de muselina bordada ó de encage, á la Clarisa, ó con canesú,

ó chaleco de muselina con triple chorrera de encage.

Un canesú de muselina bordada cerrado por la espalda, con pliegues en abanico sostenidos por hombrillos bordados, sobre un vestido de barege, de tafetan, de organdi, ó de muselina con volantes estampados, lleva consigo el sello de la gracia, de la juventud y de la elegancia.

El adorno de los vestidos consiste en la disposicion de las flores ó rayas tejidas en la tela. Las modistas no tienen que calentarse la cabeza ni atormentar mucho su ingenio; bien que todas las telas no son á disposicion.

Entre las infinitas invenciones que pueden verse en todos los almacenes, y talleres de las modistas citaremos una gasa blanca atravesada horizontalmente por anchas listas blancas de raso con ramitos de flores del campo en miniatura.

Los pañuelos de que casi ya no se hacia uso, vuelven á presentarse con riqueza, dignidad y elegancia. Son infinitas las novedades que la industria presenta ya con respecto á pañuelos, de las cuales citaremos algunas.

Principiaremos por el *Primavera*, pañuelo digno de su nombre, pues es fresco y alegre, todo bordado de florecitas de estambre de colores.

El pañuelo *Tormento*, así llamado porque sobre una orlita á ojetes serpentea y se atormenta un di-

bujo en punto de cadeneta igualmente con ojetes.

El *Buen tono*, sin mas adorno que una orlita; pero una orlita inimitable.

El *Mandarina*, pañuelo chinesco con grandes puntas bordado á realce.

El pañuelo *Galatea*, con preciosos ramitos de flores bordados á variedad de puntos.

Los pañuelos *Mosáico*, *medallon* y *sultana*, con gruesos capullos de rosas bordados con algodón blanco nacarado y seda de color de oro.

En fin los pañuelos *Florecita* y *flor de guisante*, dos nuevos caprichos muy en voga entre las señoras que aprecian los pañuelos sencillos y distinguidos.

El efecto del pañuelo es inmenso en el vestido, y se necesita cierto tacto y gusto muy delicado para elegir el pañuelo que guarde relacion con las demas prendas del traje.

Lo mismo decimos del sombrero.

Una señora que sale por la mañana con un sombrero adornado con flores ó plumas, manifiesta tener demasiado gusto ó no tener ninguno.

Como sombrero de la mañana indicaremos una capota con afo-llados de tafetan y agremanes de paja de italia. El ala es ancha, de dicha paja y adornada con rosetones de la misma. Una cinta un poco fruncida igualmente de paja, termina la copa. De cada lado pen-

de un lazo de cinta verde entrelazado con mallas de paja. El bavolet es mitad de paja y mitad de tafetan. En el ala afollada de tafetan verde, hay capullos de rosa, picados en la blonda. El sombrero *Luis XV*, mas parece un tocado antiguo que un sombrero.

Es un afollado de tul color de rosa con volantes de blonda. La copa está envuelta, digámoslo así, en una ancha cinta de tafetan color de rosa, con las puntas colgantes. A la orilla de esta cinta ondula sobre la copa una blonda. En cuanto al ala, va adornada con una blonda muy ancha. De un solo lado de la copa penden tres plumas de color de rosa rizadas, y en el ala unas ramitas de oxiacanto con mariposas de tafetan de color de rosa.

Este mismo sombrero estambien muy hermoso hecho de tul blanco, blonda y plumas igualmente blancas; y de encage negro, y tul y plumas azules.

Respecto á sombreros es difícil entrar en pormenores, siendo tantas las maravillas que cada dia aparecen, la elegancia y el buen gusto tienen donde elegir, y no será culpa de las hábiles artistas si alguna elige con poca discrecion un sombrero que desdiga del color de su vestido y aun del de su rostro.

ESPLICACION DEL DIBUJO.

Número 1.º *Cipriana*. Pardesús ajustado con chaleco con faldetas y bolsillos. El pardesús va guarnecido de tiras bordadas y festoneadas. El chaleco no lleva mas adorno que unas felpillas alrededor.

Número 2.º *Matutina*. El nombre de esta manteleta indica su uso. Es de tafetan con vuelta y volantes á escamas y flecos en las orillas.

Número 3.º *Luis XV*. Pardesús con solapas y mangas perdidas, la guarnicion consiste en un enjambrado de tafetan, y un ancho encaje.

Número 4.º Chaleco bordado con mezcla de abalorios ó azabache.

GEROGLIFICO.



R. E. e. e. E. aprender 2. B. e. e. C. C.

CORREO DE LA MODA.



Lit. de Castello Concepcion Geronima A. Madrid.

CORRIDA DE 17 JORNADA

El día 17 de Agosto de 1888, en la plaza de toros de Madrid, se celebró una corrida de toros. En ella se lidiaron tres toros de la ganadería de D. Juan Belmonte, y tres de la ganadería de D. Manuel Rodríguez. Los toros de Belmonte fueron de buena calidad, y los de Rodríguez de mala. El torero principal, D. Juan Belmonte, lidió los tres toros de su ganadería, y los tres de la ganadería de Rodríguez. Los toros de Belmonte fueron matados con facilidad, y los de Rodríguez con dificultad. El torero principal, D. Juan Belmonte, fue el vencedor de la corrida.